

# HISTORIA DE UNA TABLA

### **A mi querido amiguito Alfredo Cuadras.**

Era mi madre una de las más hermosas ramas del nogal más gallardo que ha echado raíces en el mundo.

Mi padre, el respetable señor tronco, se hallaba continuamente hundido en la tierra para buscar nuestro alimento y sus amantes hijas nos cubríamos de florecillas que le hacían perder su gravedad.

Felices y contentas vivíamos cuando un día oí que un hacha golpeaba con furia a nuestro padre, silbando y cantando al mismo tiempo:

¡Zas! ¡zas! ¡zas!  
¡Ya caerás! ¡Ya caerás!

Una estilla que pasó volando nos dijo que nuestro padre, el tronco lloraba de pena. Nosotras no hacíamos más que temblar. El hacha seguía cantando y silbando:

¡Zas! ¡zas! ¡zas!  
¡Por el mundo rodarás!  
¡Ya caerás! ¡Ya caerás!

De pronto sentí un horrible estremecimiento, se oyó un profundo quejido que lanzó mi padre, y caímos sobre la menuda yerbecita.

Allí había un hombre viejo y otro joven que me separaron del tronco y me colocaron con las otras ra-

## 12 CUENTOS PEDAGOGICOS Y LITERARIOS

---

mas en un carro que nos llevó a casa de aquel hombre que era un carpintero.

El joven me miró y después le dijo al dueño de la carpintería :

—Maestro, si me dejara usted trabajar este nogal yo haría una magnífica mesa de despacho.

—Déjate de músicas, chico,—gritó el viejo—y no te metas en dibujos. Haz una buena mesa de concina, que es lo que has aprendido, métele grandes clavos y no echés a perder el tiempo y la madera.

Pero el joven insistió y como era un oficial muy laborioso, el maestro le dejó que hiciera lo que quisiese.

El joven, en vez de tratarnos a martillazo limpio nos serró cuidadosamente y nos cepilló con esmero. Luego en lugar de meternos de una vez aquellos grandes clavos que usaba el maestro, nos fué haciendo poco a poco agujeritos con la barrena y ajustándonos con mucho cuidado.

En vez de usar las palabrotas feas que decía el maestro carpintero, él nos trataba con mucho afecto y nos decía cuando nos quejábamos :

—Sed buenas y perdonadme si os hago sufrir un poco, pero tened presente que aquellas de vosotras, mis queridas maderitas, sobre las que yo trabaje más, será la más apreciada al salir al mundo.

Cuando hubo terminado su tarea y vió el mueble concluído, refa y bailaba de contento.

El maestro que trabajaba la madera de un modo tan rudo, con aquellos grandes clavos metidos a martillazos, estaba sorprendido.

A un señor, ya anciano, que pasaba por la calle le llamó la atención aquel mueble tan elegante y al saber que era obra del joven le dijo :

—Has ennoblecido tu oficio con tu trabajo y tu inteligencia, te doy por ese mueble cincuenta duros.

—Señor, sé que es usted muy rico y que es dueño de una gran fábrica de máquinas, pero yo no debo

engañarle y no aceptaré más que veinticinco duros por el mueble, porque no vale más.

—Veo,—le replicó aquel caballero,—que no sólo eres laborioso e inteligente, sino que también eres honrado. Esta última cualidad es la más hermosa. Yo necesitaba un jefe para mi taller de carpintería. Si quieres tú lo serás.

El oficial de carpintero tuvo, desde entonces, un buen sueldo, y cuando subía los sábados al despacho de aquel señor para tomar el dinero con que pagaba a los obreros de la fábrica, siempre nos miraba a las tablitas que formábamos la mesa, como diciéndonos:

—¡Benditas tablas! A vosotras debo mi felicidad!

Y a mí me daban muchas ganas de poder hablar para decirle:

—Nosotras, somos quienes te debemos nuestro bienestar, que como el tuyo es hijo de tu fe, tu constancia en el trabajo y su honradez.